

*Embarcase Aparicio para esta nueva España,  
y el modo de vivir que aqui eligió.*

**T**eniendo Aparicio treinta y vn años de edad (el de mil quinientos y treinta y tres) se embarcó con notable júbilo, y alegría, como que prevenia su espíritu las abundantes riquezas de merecimientos que le aguardaban en este Reyno. Por ser Gallego no hablaba con claridad el lenguaje Castellano, y como à esto se juntaba la simplicidad pura que tenia, conque dezia sencillamente lo que sentia, sin saber ocultarlo con ostentacion de palabras, ni con astutas maquinas de ficciones, que es la sabiduria humana. En cuyo estudio ponen todo su conato los hijos de este siglo; por carecer de esta Aparicio, era objeto de rila à los que con él venian, por que siempre se rie el mundo de la simple sencillez del justo; pero fue tanta su constancia en sufrir las vayas, y baldones conque lo morfaban, que vino à vencerlos, y grangearles de tal suerte las voluntades, que todos assi el Capitan de la Nao, como las otras personas de porte, y demás passajeros le miraban con

notable carino, aunque ellos no alcançaban el origen venturoso de tanta paciencia, sino que la attribuian à astucia cuydaçosa de soldado que queria ostentarle sufrido, por no precipitarse enojado. Sea lo vno, ò lo otro: de qualquiera manera pueden tomar exemplo en Aparicio todos los que comiençan à seguir el camino de la virtud tan aborrecida en el mundo, que lo mismo es declararle vno de parte de ella, y dexar el vicio, que incitar contra si los animos de todos los que no la practican. Los quales se convocan contra él, diziendo, como el Espíritu Santo refiere: Venid, oprimamos, perligamos al varon justo, porque es inutil para nosotros (esto no nos aprovecha, porque no fomenta nuestros dictámenes, ni nos aplaude, ni favorece nuestras acciones) y es contrario à nuestras obras. No dån otra razon para vltjarle, sino que haze ya obras opuestas à las que ellos executan. Mas para esta persecucion el remedio es imitar à Aparicio, ò tolerando con paciencia por amor de Dios; pues primero aborreció, y persiguió el mundo à nuestro Divino Redemptor Jesus, ò despreciando con cordura sus palabras, para que ellos se cansen de injuriarle. Llegó Aparicio con feliz viage à la Vera-Cruz, Puerto principal de esta nueva España.

*Circumveniamus iustum quoniam inutilis est nobis & contrarius est operibus nostris & improprie nobis peccata legis, & infamat in nos peccata disciplina nostra. Sap. cap. 20.*



Governaba  
entonces es-  
ta nueva Es-  
paña, el se-  
ñor D. Se-  
bastian Ra-  
mirez Obis-  
po de Santo  
Domingo.

*Vida, y Milagros del Venerable*

España, y de aqui pasó á la Vera-Cruz Vieja, llamada entonces Villa Rica, aqui estuvo algunos dias. Mas como el ocio le era tan poco grato, y no tenia en que emplearse, caminò házia la Ciudad de los Angeles, que avia tres años que se avia fundado, y era su Obispo D. Fray Julian Garçes, que tenia su Catedral en Tlaxcalam: en cuya comarca se ocupò en poblar, y cultivar tierras para trigo, y maiz con poco á prouechamiento, y assi buscò empleo en que con mas logro de su trabajo exercitasse sus indomables fuerças; dedicòse al exercicio de domar, y amansar nouillos, siendo el primero que los domò en este Reyno, no con poca admiracion de los naturales de la tierra, que nunca lo avian visto. Concertole con vn Carpintero que sabia hazer carros, y carretas, á las quales vniò sus Nouillos, ò Bueyes mansos, y las ponía en corriente para que pudiesen servir de acarrear semillas, de las haziendas, ò mercancías que venian de España, del Puerto de la Vera-Cruz á la Puebla, y á Mexico, siendo Aparicio el que inventò este acarreo. De esta manera fue ajustando algunas, hasta que vino á formar vna quadrilla de carros propia, y por el año de mil quinientos y quarenta y dos, poco mas, ò menos (auiendo viuido los

nueve

*Fray Sebastian de Aparicio.* 14.

nueve en el contorno de la Puebla) se pasó con su quadrilla á viuir á Mexico donde con intenso trabajo, y singular industria buscò, y abrió el camino de carros, hasta entonces incognito, que oi se vsa desde Mexico al poderolo real de minas, llamado Santa Maria Zacatecas. Sièdo tambien el inventor de esta commodidad tan vtil para el Reyno, por la qual se le debieran leuantar Aras de eterna memoria en la costumbre que vsaba la antigüedad; como tambien son celèbres, y famosas en Divinas letras; Jabel, porque enseñò á apacentar ganados, y hazer tiendas de campaña; Jubal, porque fue el primero que tocò en Cytara, y en Organo; y Tubalcain, porque fue el que descubrió la traza de labrar hierro, y todo genero de metales. En este ministerio de carretero tan ocasionado á impaciencias, se mostrò muy bien la paz interior, y serenidad de animo, que Dios nuestro Señor puso en Aparicio, pues ni los detavios de los carros le descomponian, ni las pérdidas de los Bueyes le descamaban, ni las pesadumbres le irritaban, ni las dificultades le vencian, antes al passo que estas crecian, él mas humilde, constante, y sufrido, procuraba allanarlas con alegria, y romperlas con cuerda ofsiada, dando con esto singular exemplo á sus

*Genuit quoq;  
Ada Iabel,  
qui fuit pater  
habitantium  
inuentorij,  
atque Pasto-  
rum. Et no-  
men fratris  
eius Iubal,  
ipse fuit Pa-  
ter tanenciū  
Cythara, &  
organo. Sella  
quoque genuit  
Tubalcain,  
qui fuit mal-  
liator, & fa-  
ber incuncta  
opera aris, &  
ferri. Gen.  
cap. 4.*



á sus sirvientes, para que hiziessen lo mismo, y tambien dexando exemplo de paciencia, para los venideros tiempos, á los carreteros, y harrieros, para que en las ocasiones de precipitacion, que consigo se trae el oficio, no se impacientassen, sino que implorando el auxilio de Dios, y de sus Angeles, dexassen de invocar á los enemigos, como suelen maldeciendo, los que se ocupan en estos exercicios.

Quando seguia esta derrota, fue mucho el bien que hizo á sus proximos, dando copiosas limosnas á passajeros pobres que encontraba destituydos de todo socorro humano. Y si caminaban á donde él, los llevaba en sus carros, sustentandolos con largueza de todo lo necesario. Y con el valor que Dios le avia dado, librò algunos de las manos de los salteadores, y los quitò del peligro de la muerte. Pero lo que mas admira, es la veneno lencia, y buen nombre que llegó á grangearse entre los Indios Chichimecos, que con ser gente barbara carive, y que se comen á los hombres, con todo en reconociendo á Aparicio, se le venian con notable paz, y agrado, y le traian frutas, y algunos regalillos silvestres ofreciendose á servirle como de hecho lo ayudaban en el avio de sus carros, y le acompañaban

pañaban todo el tiempo que podian hazerlo sin riesgo de que los maltratasen, los soldados Españoles, que entonces corrian la tierra, y servian de guardas en estos caminos contra los mismos Chichimecos, para que por su mucha ferocidad no hiziessen daños á los caminantes. Pero ellos viuián tan afectos á Aparicio, que no solo á él no le agraviaban, pero ni á todos los que se valian de su compañía, la qual servia de sagrado para defensa de los tales enemigos; todo esto adquirió Aparicio con la liberal franqueza, con que los socorria, porque de proposito traía entre sus Bueyes, algunos Nouillos demás para darse los, con alguna cantidad de maiz, para que comiessen, y tambien otras cosas, que ellos apreciaban; y en esta accion caritativa perseverò todos los años que corriò esta carrera (que fueron muchos) sin mudar jamás de dictamen, porque tenia aquel corazon sencillito, hecho vna llama de fraternal amor de sus proximos no reparando con quien exercitaba la caridad, que era con vnos gentiles barbaros crueles, e indomitos, sino atendiendo á Dios por quien la hazia, imitando en esto á su inmensa Bondad, que sin acepcion de personas haze salir su Sol, sobre buenos, y malos, y llueve sus misericordias sobre justos, y pecadores.

En

Qui Solem  
suum oriri  
facit, super  
bonos, & ma-  
los, & plus  
super iustos,  
& in iustos.  
Mat. cap. 5.



Entrando Aparicio en la Ciudad de Mexico, con su quadrilla de carros que traia cargada con cantidad de plata del mineral de Zacatecas, sucediòle en la Plaza Mayor que vn carro se arrimò demasado à vn puesto en que se vendia loza de la tierra, donde quebrò mucha. Indignado de esto el dueño, salió à dezirle muy malas palabras à Aparicio, que inocente del daño venia tras de el postrer carro, el qual le dixo: Que perdonasse, que no avia sido en su mano lo sucedido, ni lo podia aver prevenido por venir distante. El Lozero no cessaba de oprobialre, antes fue en su seguimiento por la calle de San Francisco, diciendole injurias con grande colera, y amenazandole que le avia de quitar la vida. Aparicio procuraba sossegarle, proponiendole que materia de tan poco interès, no avia de ser causa de tan grave pesadumbre entre hombres, que con pagarle la loza quebrada estaba remediado todo el daño. Mas el precepitado de su enojo, no oia satisfacciones, sino que assi que salieron de poblado, sacò la espada desafiandole con muy injuriosas razones. Entonces Aparicio se apeò, y desembaynando la fuya, à pocos lances de la lucha, le diò vna cuchillada en la cabeza que lo puso à sus pies, y pisandole con vno de ellos los pechos, le diò

diò dos, ò tres golpes con el pomo de la espada en la cara, y deziale: *Hombre soberbio, podre os matar, pues os tengo sujeto, y sin fuerzas para que os defendais?* Entonces el caído cayò en la cuenta, y conociendo la verdad, le pidió por amor de Dios le perdonasse, y le dexasse, con vida, que confessaba, que sus demasias merecian que se la quitasse, mas que le prometia la enmienda, y ser su perpetuo amigo, hasta morir. Como Aparicio no avia intentado vengarse con odio, sino solo corregir, ò reprimir sus desafueros, y defender su propria vida, facilmente se reportò; imitando à nuestro clementissimo Dios, que en medio de sus iras, usa de misericordia con nosotros: y assi refiriendo el suceso à los Religiosos, que lo juraron, dezia: que aunque el lance fue tan forçoso, y ocasionado à ira, nunca su animo recibì alteracion, ni enojo, antes desseò que el otro huyesse para no hazerle daño, y le viò manifesto, que no quiso agravarle gravemente, pues pudiendo, no lo hizo, sino que solo pretendiò darle à entender con aquellos golpes, que podia quitarle la vida, quien le tenia tan rendido, como pudo David à Saul, quando le cortò el giron de la vestidura.

*Qui cum iratus fueris, misericordia recordaberis.*  
Habacuc c.  
3. num. 2.